

BESTSELLER
internacional

Cosas que me quedaron por decirte

Sofie
Cramer

m̄

SOFIE CRAMER

COSAS QUE ME
QUEDARON
POR DECIRTE

Traducción de Noelia Lorente

mr̄ ediciones martínez roca

Título original: *SMS für Dich*

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 2016

© por la traducción, Noelia Lorente, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-270-4770-9

Depósito legal: B. 8.743-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Clara

Está nerviosa. Su periodo de recuperación ha terminado oficialmente. Hoy es su primer día de trabajo desde el funeral.

La doctora le dijo que podía recetarle una semana más de baja si quería. Pero Clara tiene ganas de organizarse y volver a la rutina. Ya no soporta pasar las noches en vela y quedarse en la cama hasta casi el mediodía con la sensación de no haber descansado nada. Más bien se siente como un trozo de pan seco y mohoso. Si su madre no la hubiese animado a dar un paseo corto todas las tardes, probablemente no se habría atrevido aún a salir de su piso.

La primera vez que fue a comprar sola, cuando se quedó sin latas de sopa, Clara tuvo la impresión de que la gente podía ver el dolor en su rostro. La cajera ni siquiera fue capaz de mirarla directamente a los ojos. Y Clara sintió el impulso indescriptible de gritarle: «¡Sí, mi novio está muerto, y nadie sabe por qué!».

Aunque también existen cosas agradables en el mundo exterior que le dan fuerzas o, como mínimo, no le causan más dolor. Por ejemplo, Niklas, su jefe, que la llamaba todas las semanas para saber cómo estaba y le decía que no tenía por qué preocuparse por el trabajo. Su compañera Antje se estaba encargando de todo, aunque jamás podría robarle el puesto, ella era la mejor diseñadora gráfica de la agencia.

Además, Clara sabe que a Antje no le entusiasma trabajar en publicidad y tampoco entiende que ella se obsesione tanto con su trabajo. Clara reconoce que ella se ha quedado demasiadas noches a solas en su despacho en lugar de con Ben, en casa tranquilamente o disfrutando de su tiempo libre por ahí. Le gusta hacer su trabajo a la perfección, siempre. Prefiere presentar al cliente dos opciones excelentes antes que un esbozo poco convincente. Y cuando más satisfecha se sentía era cuando el cliente se decidía por su favorito. Sin embargo, ese momento de enorme satisfacción solía saborearlo en silencio y sólo durante un periodo breve.

«En realidad soy una mujer solitaria, y no me gusta que me molesten cuando estoy haciendo mis esbozos. En ese momento entro en un estado de trance que puede durar horas», piensa Clara. Ese estado le parece ahora inalcanzable, es como si su realidad actual le hubiera bloqueado el acceso a ese otro mundo maravilloso.

Clara confía en que hará bien su trabajo. Después de todo, en el despacho tiene que controlarse, no puede dedicar las horas a pensar en qué se le pudo pasar por la mente a Ben aquella noche y cómo va ella a conseguir salir adelante sin él. Aún no ha encontrado su verdad. Y eso que en cuanto deja de pensar en Ben y en su muerte durante unos minutos, al instante se siente culpable de nuevo.

Mientras paseaba con su abuela Lisbeth por el parque del balneario de Lüneburg se despedía a toda prisa porque necesitaba volver corriendo a casa para mirar las fotos. Tenía mucho miedo de olvidar el rostro de Ben; necesitaba recuperar de inmediato los recuerdos que supuestamente había borrado. Cuando por fin llegaba a casa, a veces incluso con flato, sacaba los álbumes de la estantería, los abría con frenesí y colocaba las fotos más bonitas en el suelo, una al lado de otra para observarlas.

¿Debería colocar alguna foto de Ben en su mesa del despacho? ¿Una en la que apareciese con su sonrisa astuta, donde al menos se viese un poco lo encantador que era? ¿Cómo reaccionarían sus compañeros de trabajo? Clara volverá a verlos hoy por primera vez desde el entierro.

Está cansada de que le sobrevenga esa sensación extraña, como si fuese casi una leprosa. No desea incomodar a los demás. Pero lo peor de todo no son las palabras que sus conocidos le dirigen, incómodos,

cuando le dan el pésame con modestia, sino todo lo que no expresan, piensa Clara. Eso es lo que hace que se sienta humillada. Como cuando, por ejemplo, la vecina de su madre se esfumó corriendo a la cocina sin decirle palabra cuando Clara apareció en casa sin avisar.

Sin embargo, en la agencia todos sus compañeros saben que hoy es su primer día de trabajo. «Ojalá vaya bien», ruega Clara mientras abre la puerta de cristal del edificio de oficinas que se halla en la zona industrial de Lüneburg. Ha salido temprano de casa expresamente para intentar adaptarse de nuevo a su despacho antes de que se le echen encima las tareas del día a día.

Cuando sale del ascensor se siente muy nerviosa, sobre todo porque el pasillo está más tranquilo de lo que debería. Ni siquiera ha llegado Viola, la recepcionista.

Clara se sorprende de que la puerta de su despacho siga cerrada. ¿Será que se le ha atrofiado tanto el cerebro que se ha confundido y es domingo en lugar de lunes?

No, el llamativo Spider descapotable de Niklas está aparcado justo delante de la puerta principal. Como mínimo, su jefe debería estar allí. Al ver que la puerta de su despacho tampoco está abierta, Clara decide ir a saludarlo más tarde.

—¡Sorpresa!

En cuanto Clara desliza hacia abajo la manija de

la puerta, distintas voces resuenan en el interior de su despacho. El equipo entero está reunido en semicírculo alrededor de su mesa mirándola con impaciencia. En su Mac hay un cartel que dice ¡BIENVENIDA! Y en el escritorio, un jarrón enorme de cristal con un ramo de flores muy colorido.

Antes de que Clara pueda decir nada, Niklas toma la palabra.

—Suerte que hemos madrugado para darte la sorpresa... ¡Hola, Clara! —Se aclara la garganta y mira al resto con timidez—. Bueno, esto... Nos alegra que ya estés de vuelta. Pero como te conozco desde hace tiempo y sé que no te gusta ser el centro de atención, voy a ser breve. Sólo quería decir una cosa, y es que te damos todos una cordial bienvenida. Y ahora, chicos, venga, todo el mundo a trabajar. Dejemos que Clara se sitúe.

El grupo se une en un aplauso discreto y se disuelve de inmediato. Antje es la única que se acerca a Clara y la abraza brevemente. Clara está muy conmovida. Tiene que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

—Gracias —susurra.

—No hay de qué —responde Antje con los ojos muy abiertos.

Clara se encoge de hombros y sonrío. Es la primera vez desde hace semanas.

Sven

«¡Debería haberme quedado en la cama!» Sven se arrepiente de haberse levantado tan temprano cuando, en el tren repleto de gente que se dirige a Landungsbrücken, la persona que tiene delante le golpea en la cara con su aliento y hace que no pueda disfrutar de su café con aroma a almendras y extra de crema. Aunque, más que quejarse del hedor que desprende ese hombre obeso mientras habla a gritos con un compañero, se enfada consigo mismo porque lleva como mínimo diez semanas con la bici estropeada y aún no ha conseguido arreglarla. En realidad no tiene excusa, como mucho un par de miserables razones: demasiado alcohol y unos líos de faldas bastante desagradables. Una falta de motivación que lo mantiene desde hace ya demasiado tiempo en punto muerto.

A pesar de eso, Sven siempre se ha sentido una persona afortunada. Sin embargo, desde hace unos tres años las cosas no acaban de salirle como él que-

rría. Es cierto que como editor económico cuenta con todo el reconocimiento del sector, pero últimamente no consigue deslumbrar a nadie por mucho que entrevistaste con asiduidad a los empresarios más importantes. Y aún menos logra deslumbrarse a sí mismo. En las reuniones de la redacción, su mente divaga a menudo y ya no impresiona a sus dos jefes ni a sus compañeros sugiriendo temas de peso y brillantes.

¿Qué le ha ocurrido?

Cuando empezó sus estudios de economía en la universidad era una persona entusiasta y estaba lleno de ideas. Era activamente político, tenía muchísimos amigos y hacía deporte todos los días. Por la mañana temprano, cuando la mayoría de los habitantes de Altona seguían en sus camas, él salía a disfrutar del aire libre y a respirar la brisa del puerto.

¿Estará relacionado ese letargo con su separación de Fiona? Sven prefiere pensar que no. Eso supondría tener que admitir que está a merced de sus problemas y que no puede hacer nada por evitarlo. Prefiere convencerse a sí mismo de que Fiona no era el gran amor de su vida. Y es que, a pesar de que ya ha pasado mucho tiempo, sigue teniendo ante sí la imagen nítida de ella apoyada en un Mini Cooper besándose y abrazándose con un extraño.

Tal vez sea la rabia que siente hacia su propia persona lo que le impide cerrar ese capítulo de una vez. Mientras tanto, se desespera preguntándose por qué

no tuvo agallas en aquel momento de dejar la bici en la esquina e ir hacia ellos. Podría haberle enseñado a ese capullo con quién estaba Fiona.

O puede que él hubiese metido la pata antes de aquello. Tal vez Fiona tuviera razón cuando se quejaba sin cesar de que él no le demostraba nunca lo mucho que ella le importaba. Y también está Hilke, su compañera de trabajo, que no para de recordarle que ese tipo tan despreciable no había sido el motivo, sino el detonante, de que Fiona se hubiese marchado del loft que compartían.

A Sven le gusta Hilke y confía en ella; aunque no se le ocurriría decírselo con esas palabras a no ser que tuviese un motivo de peso. Es como la hermana que nunca ha tenido. En todos los años que llevan trabajando juntos jamás lo ha decepcionado. Es cierto que a veces lo ha ofendido, pero no lo ha hecho de manera intencionada. Hilke es muy extrovertida y bastante ingenua, y es incapaz de filtrar lo que dice. Desde que comparten el despacho en la sexta planta, casi cada semana lo hace reflexionar con sus afirmaciones. Es especialista en poner el dedo en la llaga.

—Estás de tan mal humor porque hace tiempo que no mojas —le había soltado sin parpadear el lunes de la semana anterior cuando Sven maldecía y se quejaba de unos correos electrónicos—. ¡Vas a dejar de gustarme como este fin de semana vuelvas a malgastar tu preciosa vida con esa cabra loca de Gilde!

Sven no pudo evitar reírse. Y Hilke se sintió avergonzada en cuanto dijo aquella valiente frase. Se había pasado de la raya, lo sabía. No porque se hubiera referido sin rodeos a su mayor debilidad, el mundo de *World of Warcraft*, sino porque acababa de revelar un secreto.

Sven respondió aclarándose la voz y se apresuró a murmurar que no iba a tener tiempo para esas cosas porque el sábado iba a visitar a su padre de nuevo. «Aunque estaría bien arreglar la bicicleta o al menos llevarla a un taller antes de ir a ver a mi padre», piensa Sven mientras se esconde detrás del diario cuyo contenido, sin embargo, apenas le interesa.

A pesar de que no hace demasiado frío teniendo en cuenta que están en marzo, él sigue llevando los viejos guantes marrones de cuero para no tener que tocar nada que ya hayan tocado miles de personas en el tren. Le repugna la sensación de ir aplastados los unos contra los otros sin que haya espacio entre las puertas. Cuando por fin llega a su parada decide tirar el café, que se le ha enfriado.

Con cada lunes que pasa, semana tras semana, está más convencido de que su vida actual es patética. En cuando Hilke lo salude tan contenta y le pregunte por el fin de semana deberá inventarse algo para no tener que contarle que, como viene siendo habitual, no ha hecho nada de lo que se proponía. No ha arreglado las marchas de la bicicleta ni ha salido a correr

ni ha quedado con su amigo Bernd para tomarse una cerveza en el bar. Ni ha llamado a su padre. Pero es que tampoco sabe de qué hablar con él.

Sven se baja del tren y se dirige a la editorial; inspira profundamente varias veces como si de ese modo pudiese quitarse de encima el aliento que sueltan los demás viajeros. «Algo tiene que cambiar, necesito volver a sentirme vivo», piensa. El problema es que no tiene ni idea de por dónde empezar.